

JOHN HENRY NEWMAN



**AUGE Y
PROGRESO**
DE LAS
UNIVERSIDADES

Prólogo de HIGINIO MARÍN



John Henry Newman

Auge y progreso de las universidades

*Traducción, introducción y notas de
José Gabriel Rodríguez Pazos, Miguel Rumayor
y José Fernández Castiella*

Prólogo de Higinio Marín



Título en idioma original: *The Rise and Progress of Universities*

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024

Traducción, introducción y notas de José Gabriel Rodríguez Pazos, Miguel Rumayor y José Fernández Castiella

Prólogo de Higinio Marín

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 127

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-79-3

Depósito Legal: M-2111-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	17
La Universidad Católica de Irlanda y los discursos sobre educación..	17
El principio de influencia personal	21
<i>The Rise and Progress of Universities</i>	23
La propuesta de Newman frente a la crisis actual de la universidad	27
Bibliografía	30

AUGE Y PROGRESO DE LAS UNIVERSIDADES

Advertencia	35
I. Introducción.....	37
II. ¿Qué es una universidad?.....	43
III. Ubicación de una universidad	55
IV. Vida universitaria: Atenas	69
V. El libre comercio del conocimiento: los sofistas	83
VI. Disciplina e influencia	97
VII. Influencia: las escuelas atenienses	115
VIII. Disciplina: las escuelas macedonias y romanas	129

IX. Caída y refugio de la civilización antigua: los lombardos..	145
X. La transmisión de la civilización: las islas del norte	157
XI. Una característica de los papas: san Gregorio Magno.....	171
XII. Enseñanza de esa característica de los papas: Pío IX	183
XIII. Las escuelas de Carlomagno: París.....	191
XIV. Provisión y demanda: los escolásticos.....	203
XV. Profesores y tutores	221
XVI. Fortaleza y debilidad de las universidades: Abelardo	233
XVII. La antigua Universidad de Dublín.....	245
XVIII. Los colleges como correctivo de las universidades: Oxford.....	255
XIX. Los abusos de los colleges: Oxford	271
XX. Universidades y seminarios: L'Ecole des Hautes Etudes ...	283

A José Morales

In memoriam

PRÓLOGO

EX ABUNDANTIA

El lector tiene entre sus manos una cuidada y bella traducción de este magnífico texto del cardenal y rector san John Henry Newman, cuya capacidad literaria le reportará una lectura deliciosa. Y ese es, me parece a mí, el primer riesgo que ha de tener en cuenta al adentrarse en este sosegado libro salteado de pasajes elegantemente compuestos. Podría ser que el encanto literario y algunos excursos, sobre cuestiones históricas más o menos contextuales del autor, le distraigan de un texto que es sobre todo una *historia esencial de lo universitario*.

Una historia que precisamente por su empeño en hallar lo esencial merece la denominación de *arqueológica*, pues busca simultáneamente el principio —el origen— de lo universitario, tanto en lo histórico como en la naturaleza humana. De hecho, de esa visión sintética de ambas dimensiones deriva una primera definición de la universidad que cabe extraer del texto: «Una universidad no hace más que responder a una necesidad de nuestra naturaleza; y no es sino una forma concreta de cubrir, en un contexto determinado —entre muchas otras formas que podrían plantearse en otros contextos—, esa necesidad»¹ (p. 43).

Por tanto, Newman concibe la universidad como la forma europea, occidental si se quiere, de atender una necesidad humana

¹ Todos los textos citados son originales de J.H. Newman y pertenecen a esta edición de *Auge y progreso de las universidades*.

universal (el deseo de conocer) que podría haber tomado otras variadas formas, y que, efectivamente, las ha tomado en las demás tradiciones y sociedades humanas. Por eso, para nuestro autor, investigar lo esencial de la universidad requiere una indagación retrospectiva de la historia de lo universitario que le conduce hasta Atenas y de vuelta hasta su tiempo. Una indagación que, como se ha dicho, por ser histórica no deja de ser esencial², pues busca simultáneamente el *inicio* y el *principio*, es decir, el origen de lo universitario y de la universidad.

Así pues, la universidad da forma y respuesta a la necesidad humana de saber y de su comunicación según un contexto histórico cultural singular. Podría parecer, pues, que lo primero es la necesidad, y en cierto sentido lo es, al menos en tanto que precede al hombre como su modo de ser recibido. Y, sin embargo, es necesario establecer una precisión crucial al respecto: para suscitar una universidad, dice Newman, es primero la provisión y después la demanda, es decir, es primero la gratuidad expansiva que transforma el saber en comunicación. Un saber que al ser ofrecido despierta en aquellos que lo acogen su propia demanda, es decir, el deseo de saber. Incluso el propio deseo de aprender del estudiante —ese «ardiente amor por la materia de estudio» (p. 49)— no es solo un mero afán posesivo de algo de lo que se carece, sino que es también como una redundancia del deseo comunicativo que desencadena el saber del maestro. Se estudia para llegar a saber aquello cuya posesión más cumplida consiste en poder comunicarlo.

La tesis de que al respecto de la universidad es primero la provisión y no la demanda es solidaria de una antropología en la que la necesidad puede preceder psicológica pero no esencialmente a la abundancia y la gratuidad ínsitas en la racionalidad libre de nuestra

² Esa es, por cierto, la índole de todo lo cultural, como las instituciones: su esencia es accesible mediante su historia. Y aunque de lo anterior no se sigue, como pensó Ortega, que la realidad misma no tiene esencia sino historia, sí que implica que la esencia de las obras humanas (y del hombre en gran medida también) se revela mediante las realizaciones efectivas y singulares de lo universal en lo histórico.

naturaleza. No es primero el deseo de lo que falta y es necesario, por inequívoco que sea; no al menos respecto del deseo de dar de sí desde esa abundancia originaria que también somos. Por eso, me parece a mí, para Newman la universidad surge *ex abundantia*, es decir, del libérrimo exceso que se abre camino en todo lo humano a través de nuestra necesitada precariedad, incluso entre las penurias más acuciantes, y hasta con motivo de ellas.

De ahí también ese inevitable carácter festivo que merodea entre los esforzados intentos por aprender a los que obliga el estudio, y que encuentra en la juventud estudiantil el eco de su vitalidad: *ex abundantia cordis, ex abundantia vitae*. Ciertamente, en este sentido, la universidad es un lugar y un tiempo de gracia, y casi es la gracia ese origen suyo que se busca: la gratitud natural y comunicante del saber logrado con la esforzada y diaria prosa del estudio. Por eso es esencial a la universidad el cultivo y la enseñanza de saberes improductivos, *inútiles* decimos hoy, aunque la Antigüedad los llamaba *libres*. Pero no únicamente, porque también le resulta esencial a la universidad no instrumentalizar por completo los estudios de las técnicas y ciencias útiles, ni tampoco a las propias ciencias y técnicas. Esa liberalidad, ese exceso libérrimo que tiende a considerar todo también por sí mismo, distingue a la universidad de cualquier otra institución para la enseñanza de técnicas y oficios.

Newman destaca, además, que dicho deseo de aprender en los estudiantes está ordinariamente precedido y estimulado por la admiración hacia los maestros en los que el saber se muestra valioso en sí mismo. Si bien, en la universidad no se limita a mostrarse valioso, como podría suceder en cualquier otro lugar, sino que allí se muestra también eficiente para dar forma a la vida de las comunidades a las que congrega como universitarias. De esa maravilla se nutren las universidades mismas como lugares admirables, pues se trata «de un lugar», dice Newman, «que se gana la admiración de los jóvenes por su celebridad» (p. 52). También en ese sentido, la universidad consiste en un despertar, el de la inteligencia, aunque como todo lo admirablemente real parezca más bien un sueño.

Lo anterior puede resumirse de un modo menos preciso, pero más directo, así: en el origen de la universidad son primero los profesores y después los estudiantes, pues es por efecto del saber comunicado como se despierta y consolida la demanda de aprender, y no tanto, o no primariamente, al revés. No obstante, es la confluencia de una y otra la que congrega a los estudiantes y profesores, cuya comunidad —*ayuntamiento*, decía nuestro rey Sabio— es necesaria para *dar lugar* a una universidad.

Ese lugar adornado de las delicias de los parajes propicios y, sobre todo, del ascendiente que concentran, requiere *tener lugar* en un sentido particular. La universidad, dice Newman, también es «la congregación de desconocidos procedentes de todas partes en un lugar» (p. 43). *De todas partes* y en *un lugar*. Puede parecer casi una obviedad, pero esconde una dimensión esencial de lo universitario.

Propiamente hablando, la ciudad lo es en la medida que congrega a gentes y bienes venidos desde extensos y distantes territorios, pues no hay ciudad que lo sea y a la que no conduzcan todos los caminos. Ese poder de atraerlo todo hacia sí, característico de la ciudad, tiene su forma elemental en el mercado, que es algo así como la primera *imago mundi*, enriquecida en sus estadios, teatros, templos y plazas. Pues bien, a imagen de la ciudad y del mundo al que congrega, la universidad también reúne en *un lugar* todos los saberes, mediante la multitud de aquellos que los estudian, ya sean estudiosos profesores o jóvenes estudiantes (*studium generale*). La convivencia de cada grupo entre sí y con el otro forma la trama de las instituciones en las que el mundo se reúne mediante el saber que atrae a una multitud, componiendo algo como una nueva ciudad, o como afortunada y exactamente podemos decir en castellano, un *ayuntamiento*.

Esta desapercibida pero íntima conexión entre la ciudad y la universidad permite atisbar el camino ascendente de una cierta metafísica material del logos, pues es la idea del mundo la que se materializa primero en la ciudad y se hace reflexivamente presente para sí misma en la universidad. Pero, para no separarnos de

nuestro autor, basta con notar esa íntima conexión en expresiones como esta: «En todo gran país, la metrópoli se convierte en una especie de necesaria universidad, nos guste o no nos guste» (p. 49). O esta otra: «[L]os mismos tipos de necesidad, social y moral, que dan origen a una metrópoli dan origen también a una universidad; más aún, toda metrópoli *es* una universidad, por lo que respecta a los rudimentos de una universidad» (p. 85)³.

En efecto, en la universidad —como en la ciudad—, se reúnen «*de todas partes*: si no, ¿cómo se van a poder encontrar profesores y estudiantes para todas las ramas del saber? Y en *un lugar*: si no, ¿cómo va a poder constituirse una escuela?» (p. 43). Ese punto donde lo universal entra en contacto con un lugar particular al que embellece, al tiempo que congrega estudiosos y estudiantes del ancho mundo, no puede sino reunir las cualidades materiales y espirituales que producen su celebridad y atracción.

Pero no se trata solo de que la universidad sea un fenómeno urbano que surge en una ciudad o la suscita. Es que la imagen del mundo, prefigurada materialmente mediante los productos y las gentes del mercado, los países y campeones del estadio, los dramas teatrales, las disquisiciones en el ágora y los cultos ritualizados de los templos, toma forma reflexiva y metódica en la universidad y su aspiración a lograr y compartir saberes verdaderos y universales (*universitas studiorum*).

En la universidad hay una aspiración a atraerlo todo hacia sí comprensivamente, a congregarlo en la inteligencia con la forma de lo verdadero, de lo universal y no sujetable a lugar o a raza. Y ahí es donde aquello de en *un lugar y de todas partes* queda cumplido pero superado. Por eso las universidades están tan vinculadas al *locus* que las acoge y al mismo tiempo forman una comunidad universal entre todas ellas. Por eso la condición de *católica* y de universidad le parecía un pleonasma a Rémi Brague⁴.

³ La cursiva no es mía.

⁴ Cfr. *Universidad católica: una tautología*, CEU Ediciones, Madrid 2023.

Para finalizar ya estas breves palabras de invitación, es conveniente reparar en que, para Newman, lo esencial de la universidad es una abundancia que no se basta por sí misma para perdurar. Necesita de muchos otros auxilios, todos los cuales, en tanto que necesarios para la viabilidad efectiva de la institución, componen aquello que denomina su *integridad*. Podemos imaginar que la administración, los servicios y las infraestructuras forman parte de todo ello, pero Newman destaca sobre todos al *college*, en el que sus tutores componen algo así como la suma de algunos aspectos de nuestras facultades y las residencias estudiantiles. En este punto, la sociología de los *colleges*, tan peculiar de la tradición británica, puede no ajustarse a otras formas y tradiciones universitarias, y muy poco o nada a la universidad contemporánea. Sin embargo, en el seno de la disquisición entre la universidad y su liberalidad («influencia») y el *college* y su orden («disciplina»), hay una correspondencia parcial pero relevante entre las universidades y sus facultades, por un lado, y los colegios mayores, por otro.

Ciertamente, apenas queda nada entre nosotros de esa polaridad en la que los colegios mayores podían representar una dimensión de la vida universitaria configuradora del carácter entre coetáneos. Aquella reivindicación de poder entrar libremente en las residencias femeninas, que desencadenó los disturbios del 68 francés, supuso el final simbólico de esa época. Con todo, sin ese espacio comunitario y vital entre estudiantes, a la universidad misma le falta su integridad, y el estudiante empobrece su experiencia universitaria.

Quienes se resistan a dejarlo morir, y quieran dar vida a este ideal universitario tan fuera de las costumbres de nuestro tiempo, harán bien en estudiar esa polaridad entre «influencia» profesoral y «disciplina» colegial. Y en cualquier caso, quienes aprecien aquel hechizo juvenil compuesto de admiración y asombro por los profesores, su magisterio y el lugar donde todo aquello tenía lugar entre compañeros y coetáneos, un verdadero «estado de excepción» entre el continuo de lugares ordinarios, encontrarán en este libro del cardenal y rector Newman también un recordatorio.

Tales visiones avivarán su inteligencia y su corazón por el recuerdo de aquellos años de estudio y juventud —la verdadera patria de su juventud— y por esa forma de vida institucionalizada en la universidad y hoy apenas posible, si es que todavía lo es.

«¿Habrá de decirse en el futuro que la obra no necesitaba más que corazones buenos y valientes, pero que no los encontró?» (p. 95).

Higinio Marín
Rector de la Universidad CEU Cardenal Herrera

INTRODUCCIÓN

La Universidad Católica de Irlanda y los discursos sobre educación

El 15 de abril de 1851, Newman recibió una carta del entonces obispo de Armagh, Paul Cullen (1803-1878), en la que le pedía unas conferencias sobre educación. A instancias de Pío IX, los obispos irlandeses se proponían fundar una universidad en Dublín que ofreciera a los irlandeses formación universitaria católica. Seis años antes, el primer ministro del Reino Unido, Robert Peel, en un deseo de ofrecer educación no confesional anglicana para los presbiterianos y católicos romanos, había promovido la creación de tres *Queen's colleges*, pertenecientes a la Queen's University of Ireland, que serían no confesionales y tendrían sede en Galway, Belfast y Cork. Se trataba de una propuesta política del gobierno —Irlanda formaba parte del Reino Unido— de ofrecer educación superior a quienes no pertenecían a la religión estatal, sin que tuvieran que suscribir los 39 artículos de la Iglesia anglicana. La iniciativa era a su vez una expresión del liberalismo político creciente en el Reino Unido y fue acogida favorablemente solo por una minoría de los obispos católicos. La reacción de Roma fue prohibir que los católicos acudieran a esa universidad. A cambio, Pío IX impulsó la creación de una universidad católica similar a la de Lovaina.

La solicitud de Cullen provocó en Newman sentimientos encontrados. Por una parte, su paso por Oxford había calado hondo en su personalidad. Desde su incorporación como *fellow* de Oriel College (1822), interpretó su vocación universitaria con auténtico sentido de misión. Lo consideraba un servicio de carácter religioso y su intención era permanecer allí de por vida como *fellow*, lo cual comportaba que su condición de clérigo la viviría con la atípica decisión de mantener el celibato. Años más tarde, en 1845, encontró la luz que le movió a profesar la fe católica romana, precisamente en su dedicación exclusiva a esta vocación como predicador en St. Mary's al servicio de la Palabra, estudioso y defensor de las raíces apostólicas de su Iglesia desde los primeros siglos de cristianismo, y también como celoso tutor, mientras pudo, del bien integral de los estudiantes. Desde la perspectiva de su profundo sentido vocacional —que mantuvo hasta el final de su vida, aunque de otra manera desde su conversión—, la oportunidad de colaborar con la iniciativa de la jerarquía católica de poner en marcha una universidad le resultaba gozosa.

Sin embargo, como fundador y superior del Oratorio de San Felipe Neri en Birmingham, consideraba que su deber era permanecer junto a sus hermanos de comunidad. La dedicación que le supondría la universidad en Dublín le parecía incompatible con la vida que había elegido. Por eso, cuando meses más tarde Cullen le solicitó que fundara y fuera el primer rector de la universidad, propuso asumir un cargo de menor relevancia, el de director de estudios, para limitar sus ausencias de Birmingham. Fueron los propios oratorianos los que consiguieron que aceptara ser la máxima autoridad en la universidad, a pesar de las muchas y largas estancias en Dublín que implicaría.

Había en la conciencia de Newman otra oposición de sentimientos, que es la que afrontó en la preparación de los discursos sobre educación que le había solicitado Cullen y durante toda su singlatura como rector de la universidad. Si bien tuvo a lo largo de su vida como tácita divisa la oposición al liberalismo secularizador británico —tal y como reconoció en el discurso de recepción del birrete

cardenalicio en 1879—, no compartía el planteamiento catequético y moralizante que Pío IX y los obispos irlandeses propugnaban, para contrarrestarlo mediante la enseñanza en la universidad católica. La filosofía newmaniana sobre la educación universitaria transita tan alejada de aquel liberalismo como de este clericalismo que, a la postre, motivó su renuncia y abandono de la Universidad Católica de Irlanda en 1858, como relata detalladamente en su *Memorandum about My Connection with the Catholic University* de 1872.

Como respuesta a la solicitud de Cullen, impartió en Dublín cinco conferencias a lo largo del año 1852, que fueron publicadas el año siguiente como *Discourses on the Scope and Nature of University Education: Addressed to the Catholics of Dublin*. Él mismo considera esta obra como una de sus dos artísticamente más perfectas, y otros la reconocen como un clásico de prosa inglesa. Después escribió —aunque no llegó a pronunciar— las *Lectures and Essays on University Subjects*, que se publicaron en 1859. En 1873, compiló ambos textos en una edición revisada, cuyo título es el conocido *The Idea of a University*.

MacIntyre ha descrito la filosofía sobre educación de Newman como una providencial vía media entre el liberalismo y el clericalismo, en un momento en el que el catolicismo parecía intelectualmente insuficiente para dar respuesta a las justas reivindicaciones de una razón secular¹. Se trata de un sabio equilibrio que respeta la autonomía metodológica de cada disciplina científica en lo relativo a su objeto de estudio, al tiempo que postula la unidad de todos los saberes en torno a la teología, ya que cada uno apunta desde su perspectiva a la única verdad cuya fuente es Dios. El método científico y las decisiones relativas al gobierno de los asuntos temporales de la universidad no admiten interferencias del credo religioso; pero el conocimiento de la teología cristiana, cuya fuente es la Revelación, es referencia para la armonía y horizonte del diálogo interdisciplinar.

¹ God, Philosophy, Universities: A Selective History of The Catholic Philosophical Tradition, 137-138.

Este ensayo constituye la primera traducción al español de *The Rise and Progress of Universities*: una traducción cuidada y bella de este texto del cardenal John Henry Newman que viene a completar, junto a *La idea de la universidad*, sus escritos sobre este tema. *Auge y progreso de las universidades* es una historia esencial de lo universitario escrita con encanto literario a partir del contexto histórico. Una historia que, precisamente por su empeño en hallar lo esencial, merece la denominación de arqueológica, pues busca el origen de lo universitario tanto en lo histórico como en la naturaleza humana. Hábilmente escrito y muy diáfano, el libro presenta, acompañado de las notas de los editores, la propuesta de Newman como una invitación a la reflexión sobre el ser y misión de la universidad que no olvide las raíces que la sustentan.

AUGE Y PROGRESO DE LAS UNIVERSIDADES

Depósito Legal: M-2111-2024

ISBN: 978-84-1339-179-3

